

que iba á honrar la siempre limpia
Concepción inmaculada ;

y para excitar el celo
de gentes ricas y santas
que con su cuantiosa hacienda
el monasterio acabaran.

una fiesta organizóse
invitando á la más alta
sociedad de la opulenta
capital de Nueva España.

II

En medio de gran gentío
un viejo orador sagrado
dice así con voz sonora
y con inmenso entusiasmo :

— « No es cierto que nadie quiera
esta obra llevar á cabo,
que hay alguien á quien le sobran
elementos para el caso.

» Allí escondido entre muchos
acuerdo á ver á mi hermano ;
le conocéis casi todos,
le llaman Simón de Haro ;

» es un minero muy rico,
y es además buen cristiano,
y va á encargarse de todo
lo que otros abandonaron.

» ¿ Que habrá que gastar dinero ?
¡ nada importa ! ¡ tiene tanto !
y además pueden sus minas
darle cuanto es necesario.

» Él terminará el convento,
él lo hará, puedo jurarlo,
y tal vez desde mañana
ocupe aquí muchos brazos ».

Volvieron todos el rostro
á don Simón, contemplando
que estaba absorto y confuso
con un sermón tan extraño.

Y prodigándole encomios,
y apretándole la mano,
por su decisión tan noble
todos le felicitaron.

Sin dar á nadie respuesta,
confuso, atónito, pálido,
al ver ya fuera del púlpito
á quien movió tal escándalo,

fué saliéndose á su encuentro
de esta guisa á interpellarlo :
— Si sabes que soy muy pobre,
pues muy exiguo es mi erario,

¿ por qué de erigir conventos
me impones el duro encargo
cuando en mi caja no quedan
más que muy pocos ducados ?

— Yo no he dicho una palabra.
— ¿ Estás loco ! te escucharon
todos los que aquí han venido
y que no son muy escasos.

— Pues te juro que no dije
ni una frase...

— Has dicho tanto
que todos me reconocen

como un rico nada avaro
que va á construir el convento.
— En esto pienso que hay algo
misterioso, incomprensible.

— Lo que dijeron tus labios
todo el mundo lo comprende.

— Yo no lo he dicho.
— Habla claro.

— Sospecho que las palabras
que oyeron todos, hermano,
las ha dicho por mi boca
el mismo Espíritu Santo.

— ¿Será posible?
— No dudes,
porque yo ni lo he pensado,
y al decir que nada dije
con esta verdad me salvo.

Dios será quien te proteja.
— Yo estoy muy pobre y no guardo
en caja sino muy poco,
ven á ver mi caja.

— Vamos.

De don Simón á la casa
bien pronto se encaminaron,
y abriendo una tosca puerta
entraron á húmedo cuarto.

Vieron los dos una caja
abandonada en un ángulo,
fornada en vetusto cuero
y llena de toscos clavos.

La abrió don Simón, y al punto
saca con su propia mano
cerca de catorce duros
que allí estaban encerrados.

— ¿Basta para un monasterio
este pequeño puñado?
Y antes de que á tal pregunta
diera respuesta su hermano,

dentro de la antigua caja
oyeron un ruido extraño

y los espantados ojos
á un tiempo volvieron ambos.

De escudos limpios y hermosos
halláronla rebosando,
y postráronse de hinojos
absortos de aquel milagro.

Vaciáronla varias veces,
y en cada vez la encontraron
llena de nuevas monedas
que arrojaba ignota mano.

— Con esto se hará el convento.
— Y la obra llevaré á cabo.
— Alabemos á la Virgen.
— Y al Señor tres veces santo.

Con lágrimas en los ojos
y trémulos y rezando,
el clérigo y el minero
salieron al fin del cuarto.

Se dió principio á las obras,
y en menos de quince años
se alzó el templo y el convento
de la Concepción llamado.

Y en el espléndido coro,
las monjas siempre guardaron,
como caja milagrosa,
portento admirable y raro,

la que durante las obras
sola se estuvo llenando
hasta que la última piedra
se puso en el templo santo.

Y esta conseja la citan
haciendo mención del caso
autores que en nuestros tiempos
pasan por doctos y sabios.

LA ALAMEDA

AL ERUDITO Y GALANO
ESCRITOR JESÚS GALINDO Y VILLA

El veintisiete de enero
de mil quinientos noventa,
amaneció engalanada
la ciudad de los aztecas.

En ventanas y en almenas
en cornisas y balcones,
el viento agitaba alegre
gallardetes y ban leras.

Las artísticas vajillas
formaban marco á las puertas
sobre crujientes y largas
cortinas de roja seda.

Y como toldo fragante
que embalsama y refrigera,
arcos de palma y de tule
sembrados de flores frescas.

Vibrando en todas las torres
las campanas vocingleras
y poblando los espacios
las tronadoras centellas;

en las plazas y en las calles,
en árboles y azoteas,

los curiosos agrupados
un cuadro raro presentan.

Y se escucha en todas partes
ese rumor que semeja
en las gentes y en las olas
vida, movimiento y fuerza.

Tanto alborozo en el pueblo,
tanta dicha en la nobleza,
estribaba en un motivo
digno en verdad de tal fiesta.

Iba á entrar un Virrey nuevo
y nacido en esta tierra,
circunstancia en aquel siglo
tan rara como estupenda.

Hijo de un Virrey ilustre,
tocóle por grata herencia
el llevar su mismo nombre,
blasón de intachables prendas;

Luis de Velasco, el segundo,
vino creyendo insurrecta
la Nueva España y por grandes
conspiraciones revuelta.

Por orden del soberano
su nave no fué derecha
á la Veracruz, temiendo
ser de los indianos presa.

Llegó al Pánuco, allí supo
que era una invención la guerra
y que toda la colonia
estaba tranquila y quieta.

Quiso á Veracruz volverse,
mas lo impidió una tormenta,
y desembarcó en la costa
más lejana y más desierta.

Sufriendo las amarguras
de que en sus cartas se queja,

llegó en dilatado plazo
de la ciudad á las puertas.

La encontró llena de galas,
rica, tranquila, contenta,
feliz, porque un hijo suyo
iba á darle dichas nuevas.

De Méjico por las calles
pasó don Luis entre inmensa
multitud, que lo aclamaba
orgullosa y satisfecha.

De su arrogante caballo
á pie llevaban las riendas,
junto á Leonel de Cervantes,
Pablo Torres y Luis Sesma.

Alcaldes y licenciados
sus palafreneros eran,
y á su paso, le regaban
flores las damas más bellas.

En verdad que don Luis supo
pagar á tan claras muestras
de distinción, con sus obras
honradas, justas y rectas.

Él hizo en muy breve tiempo
la paz con los chichimecas,
y la justicia á los indios
normó con leyes severas.

Grato á Felipe Segundo
que estaba en terribles guerras
y sin cesar le obligaba
á que engrosara su hacienda,

dobló, por obedecerle,
los tributos, sin que fuera
ningún influjo bastante
para impedir tal gabela.

Á conquistar Nuevo Méjico
mandó con oro y con fuerzas
á su adicto Juan de Oñate
que salió bien en la empresa.

Y amando, como ninguno
esta ciudad, do naciera,
buscó por todos los medios
darle renombre y belleza.

« Quiero que los habitantes
de Méjico — dijo — tengan
un sitio de desahogos
que á la ciudad ennoblezca ».

Y una tarde (once de enero
de noventa y dos) aprueba
sus proyectos el cabildo
y el Virrey contento queda.

El *Tianguis de San Hipólito*,
mercado que estuvo fuera
de la *Traza* y destinado
á gente pobre y plebeya;

lugar que en tiempos oscuros
alumbió la luz siniestra
que en él, vertió el santo oficio
con sus terribles hogueras,

fué entonces el escogido
para realizar la idea
del buen Virrey que anhelaba
embellecer á su tierra.

De la mitad del terreno
pronto la ciudad fué dueña,
y don Luis al punto quiso
dar de sus alientos prueba.

Alzó en su torno un cercado
con zanjones y con puertas,

mandó luego que en sus centros
hermosas fuentes se abrieran.

Sembráronse dos mil álamos
para darle sombra fresca
y saúces que esparcieran
su romántica tristeza.

Cien años después el noble
marqués de Croix, que gobierna,
con la otra mitad del Tianguis
jardín tan bello completa.

Y dicen los que lo vieron
que en mil setecientos treinta
semejaba aquel paraje
la más encantada selva.

Duplicáronse los álamos
al sol de las primaveras,
y eran tantos, que á aquel sitio
llamó el pueblo la Alameda.

Allí los hijos dolientes
de la capital azteca
daban sus primeros pasos
y sus miradas postreras.

¡ Oh vergel de nuestros padres!
¡ cuántos recuerdos encierras!
¡ cuántas memorias escondes
en tus floridas callejas!

El soñador estudiante,
la recatada doncella,
el octogenario enfermo,
la anciana que orando tiembla,

el niño que con sus juegos
á sus padres embelesa,
el doncel enamorado
y la moza coquetuela;

lo mismo el que nada quiere
como el que rendido espera;
y el que del tiempo pesado
las veleidades recuerda,

en ti buscan grata sombra,
bajo tus fresnos se sientan
mirando alegres ó tristes
tus hoy mustias arboledas.

Cuando la callada noche
te envuelve en sus sombras densas,
parece que en tu recinto
un fantasma se pasea.

Es un recuerdo que surge,
una memoria que llega
del que fundó el ancho parque
para gala de su tierra.

Don Luis Velasco, el segundo,
que de su rey mereciera
ser al Perú trasladado
por sus relevantes prendas.

¡ Oh parque de mis mayores
los hados benignos quieran
que lejos de ti no acaben
las horas de mi existencia!

Ya en tu derredor se escuchan
los dulces himnos que elevan
la paz, la unión y el trabajo
á la ciudad que tú alegras.

Nada interrumpa ese coro,
nada esos himnos suspenda
y cántenlos nuestros bardos
á tu sombra dulce y fresca!

DEL PATÍBULO Á SU CASA

LEYENDA DE LA CALLE DE SAN JUAN NEPOMUCENO

I

Todo el que vuelva los ojos
hacia los tiempos pasados,
y busque en la Nueva España
de ciencia y progreso rastros,

hallará entre muchas sombras
llenas de dolor y llanto,
la hoguera á cuyos reflejos
calla el pensamiento humano.

Es la inquisición; su nombre
infunde terror y pasmo,
porque á nobles y plebeyos
por igual lleva á sus antros.

Del décimo sexto siglo
á los setenta y un años,
Pedro Moya de Contreras
ese tribunal nos trajo.

Lo instaló en Santo Domingo
con gran pompa y aparato,
y para mengua del pueblo
duró allí dos siglos largos.

Muy frecuentes y terribles
eran los famosos autos
contándose por millares
los tristes penitenciados;
ni edad, ni sexo, ni méritos
allí jamás se estimaron,
sufriendo iguales torturas
los mozos y los ancianos;

las vírgenes más hermosas,
los donceles más bizarros,
fueron por el santo oficio
de igual manera humillados;
y aun hubo inocentes niños
que por delitos extraños
á la cárcel ó al destierro
sin piedad los condenaron.

Leonor Martínez, chicuela
de nueve abriles escasos,
por ser sus padres judíos
pagó tal culpa muy caro.

Sentenciáronla los jueces
á destierro ilimitado,
y oyó tan dura sentencia
con vela verde en las manos;

montada sobre una mula,
con los breves pies descalzos,
vestida con sambenito,
y amordazada y llorando.

También Gaspar de los Reyes,
fray Gaspar de Alfar llamado,
que por ser demente, dijo
que era inmortal y era santo,

en tribunal tan terrible
como hereje lo juzgaron,
y pereció entre las llamas
sin defensa y sin amparo.

Así muchos, sin delito,
á tan odioso cadalso
subieron sin que pudiesen
por nadie ser libertados.

Desde el humilde pechero
á los próceres más altos,
al nombrar al santo oficio
se estremecieron de espanto.

Y entre los muchos que fueron
á la hoguera por relapsos,
se cuenta de alguien que pudo
salir de allí sano y salvo.

Es tan célebre por único,
y es tan especial el caso,
que sin trama de novela
me atrevo aquí á relatarlo.

Famosos historiajores
como cierto lo contaron,
y como cierto lo digo
sin difusos comentarios.

En la cátedra sagrada
alguna vez lo han citado,
y yo á mis rudos romances
para el pueblo lo traslado.

II

En mil setecientos treinta,
á fines del mes de mayo,
hubo en la ciudad de Méjico
un incidente muy raro.

Al clérigo Juan Aciber,
hombre bueno, docto y sabio,
por los ricos y los pobres
con tierno amor venerado,
lo sentenció el santo oficio
á que perdiera los hábitos

en público, degradándole
por sus enormes pecados,

á recibir cien azotes
por sus constantes escándalos,
y á ser presa de las llamas
por hereje y por relapso.

En la sociedad entera
la senténcia causó espanto,
pues el clérigo era un justo
y en caridades preclaro;

nadie creyó en los delitos
que sus jueces le achacaron,
pero ninguno se expuso
á ser indiscreto y franco.

Su crimen — según se dijo
en un edicto muy largo, —
era rezar noche á noche,
á un ser cual todos humano;

encomendarse devoto
á un clérigo, á que un malvado
le mandó arrancar la lengua
que calló ajenos pecados.

Aquel mártir del secreto
que supo morir callándolo,
era el culto favorito
del clérigo mejicano.

Ya en Roma, por justo premio,
lo declaraban beato,
y señalaban su muerte
como el ejemplo más alto

á todos los confesores
que tiene el mundo cristiano.
Nuestro clérigo no hallaba
culto de mayor agrado,

y le rezaba contrito
su excelsa muerte admirando,
y así lo dijo á los jueces
sin temor de haber pecado.

— ¡Hereje! — gritó al oírlo
uno que estaba juzgándolo —
¡Adorar á un hombre!

— ¡Á un hombre
que es divino por sus actos!

— ¡Blasfemo!

— Muera en las llamas.

— Que lo quemen por relapso.

— ¡Que ya no vista sotana!

— ¡Que le quiten los grados!

Y en obscuro calabozo
mucho tiempo lo encerraron,
hasta que llegó el instante
de conducirlo al cadalso.

Iba en medio de la gente
en una mula montado
con el sambenito puesto,
sucio, harapiento y descalzo.

Pero con la frente erguida,
risueño el semblante franco,
y oyendo llorar á todos
los que encontraba á su paso.

Ya cerca del quemadero
corriendo en ágil caballo
llegó un hombre, y le dió á alguno
un pliego que oculto trajo.

Al momento al pobre reo
de la mula desmontaron,
quitáronle el sambenito,
vistiéronlo con sus hábitos,

dijéronle que se fuera
á su casa sin retardo,
y cuantos le custodiaban
quisieron besar su mano.

Las gentes, sin darse cuenta
de lo que estaba pasando,
rezaban gritando el Credo
entre sollozos y llantos.

Y el clérigo, muy humilde,
la frente y los ojos bajos,
á la iglesia más cercana
se dirigió paso á paso.

Era que al ir á la hoguera,
la Mitra supo, entretanto,
que ya Juan Nepomuceno
estaba canonizado;

que el pontifice decía
que á Dios causaban agrado
los que á tan augusto mártir
dieran culto sin descanso;

que se enseñara su ejemplo,
y en altares y en claustros
se venerara su imagen
como grande entre los santos.

El santo oficio, confuso
y absorto ante aquel milagro,
colmó de satisfacciones
al clérigo sentenciado.

Y á la calle solitaria
donde fué á acabar sus años,
de « San Juan Nepomuceno »
en recuerdo le llamaron.

LA CARTA DE ULTRA-TUMBA

LEYENDA DE LA CAPILLA DE SAN ANTONIO EN EL EX CONVENTO
DE SAN FRANCISCO

Dentro de los toscos muros
del más famoso convento
que en Nueva España fundaron
ejemplares misioneros,

en amplia y austera casa
de hombres piadosos y buenos,
hermanos de san Francisco
y de Jesucristo siervos,

noche á noche se rezaba
congregados en el templo,
cuando sonaban las ocho
la plegaria por los muertos.

No dejaba un religioso
en tan solemnes momentos
de asistir á aquella cita
obligatoria en su gremio,

en una obscura capilla,
con altar de paños negros,
sustentando un crucifijo
de marfil, clavado en ébano,

al resplandor amarillo
de cuatro cirios ardiendo

y en dos filas los sitiales
simétricamente puestos.

Á tan lúgubre recinto
entraban frailes y legos
semejando entre las sombras
larga procesión de espectros;

con un libro en una mano,
con una cruz sobre el pecho
y en la otra mano el rosario
enredado entre los dedos.

Se escuchaban las pisadas
en el duro pavimento
poblando las altas bóvedas
los acompasados ecos.

Un sitial sobresalía
de la capilla en el centro
que del fraile de más rango
era el jerárquico asiento.

Un órgano allá en un ángulo
por las tinieblas envuelto,
como voces de otros mundos
lanzaba tristes acentos.

Y como rumor de abejas,
ronco, monótono, seco,
á compás, siempre lo mismo
se comenzaban los rezos.

Sonaban ilustres nombres
de religiosos egregios
que aceptaron el martirio
para conquistar el cielo;

de esforzados paladines
que entre réprobos murieron
en apartadas regiones
predicando el Evangelio;

de apóstoles admirables
que de Dios el santo reino
mostraron á los infieles
con su palabra y su ejemplo ;

de los inclitos varones
que á Nueva España vinieron
y que cruzaron descalzos
desde Veracruz á Méjico.

Valencia, las Casas, Gante,
Sahagún, Benavente, Olmedo
y tantos otros, que gloria
y vida dieran al pueblo,

eran allí recordados
y con unción y respeto
para sus almas pedían
la luz y el descanso eterno.

Una noche, cuando estaban
los frailes en tales rezos,
lanzaron de pronto un grito,
palmaria expresión de miedo.

La diestra huesosa y trémula
alzaron todos á un tiempo
señalando en el espacio
algo, flotante y siniestro.

Era la mano de un hombre
con manga de hábito viejo
y sin que nadie acertara
á mirar tras ella un cuerpo.

Sólo un brazo con su mano
flotaba en el aposento
y en esa mano una carta
sellada con lacre negro.

El prior, disimulando
su temor, habló el primero,

y estas concisas palabras
sus hermanos recogieron :

« Esa carta es de ultratumba
y nos la manda algún muerto ;
acercaos uno tras otro
y recójala su dueño ».

Descendió el brazo flotante,
y ya en la mitad del templo,
junto á él fueron pasando
todos los frailes aquellos.

Cada cual al acercarse
trataba con raro esfuerzo
de recoger esa carta
venida con tal misterio ;

mas al ir uno tras otro
á tomarla con respeto
el brazo se retiraba
con pausado movimiento.

Ninguno de los presentes
miró su afán satisfecho
y el prior ordenó entonces
que fuera un hermano lego

á llamar á dos que estaban
en sus celdas por enfermos,
pues pudiera ser que alguno
tuviera que ver en esto.

Pronto los dos religiosos
á la capilla vinieron,
y la mano dió la carta
con rapidez al más viejo.

Arrodilláronse al punto
los frailes de asombro llenos,
y el elegido, entre tanto,
leyó la carta en silencio.

Cuando acabó, dijo á todos :
 — « Hermanos : perdón si os dejo;
 voy á hacer un largo viaje
 ignorando rumbo y término.

« Rezad por mí, con el mismo
 fervor que por todos rezo,
 pero rezad al instante,
 pues tardaré mucho en veros ».

Y al decir estas palabras
 cayó inerte como muerto,
 y para prestarle auxilio
 todos á verle acudieron.

¡Con qué asombro no verían
 que sólo en el pavimento
 el fraile dejó las hábitos
 y desapareció su cuerpo!

Pasmados y confundidos
 los que tal prodigio vieron,
 con lágrimas en los ojos,
 temblando ante tal misterio,

sin explicarse el milagro,
 quedaron en aquel templo
 con el espanto en el alma
 y las frentes en el suelo.

EL VIRREY EN LA INQUISICION

LEYENDA DE LA PLAZUELA DE SANTO DOMINGO

En los más favorecidos
 y más populosos centros
 de la muy rica, famosa
 y noble ciudad de Méjico,

corren ya de boca en boca
 los más infundados cuentos
 que á pisaverdes y ociosos
 están de pasto sirviendo;

en los portales, de noche,
 por la mañana en los templos
 y por la tarde en las calles
 del Refugio y los Plateros,

escúchanse las consejas,
 las fábulas, los enredos
 que componen y entretajan
 al par los nobles y el pueblo.

Con razón á tales sitios,
 la gente que tiene seso,
 en toda ocasión les llama
 corrales del mentidero.

Gobierna con gran pericia,
de la Nueva España el reino,
un militar aguerrido,
inteligente y enérgico.

El marqués de Croix, famoso,
hombre de origen flamenco,
y que brilla y sobresale
por elegante y apuesto,

el año sesenta y seis,
del siglo anterior al nuestro,
tomó el veintitrés de agosto
en Otompan el Gobierno.

Y con previsión y tacto
quiso imponer desde luego
la disciplina que entonces
faltaba tanto al ejército.

Enemigo de la leva,
pronto decretó el sorteo
y señaló los jornales
debidos á los mineros.

Oponiéndose á esas leyes
nuevos disturbios surgieron
y en Valladolid y Pátzcuaro
hubo motines muy serios.

Quejóse el Virrey al trono
con humildad exponiendo,
que necesitaba tropas
para no mirarse en riesgo.

Ya en el Mineral del Monte
un alboroto tremendo
había orillado á la muerte
á don Pedro de Terreros.

Á rico tan bondadoso,
tan filántropo y tan tierno,

que cifraba su ventura
en curar males ajenos,

salió don Ramón de Coca
á defenderle, y fué muerto,
causando luto á Pachuca
donde era alcalde primero.

El Rey, sabedor de todo,
del Marqués cedió al deseo
y mandó en respuesta infantes
y dragones y artilleros.

Guadalajara y Castilla,
Granada y Zamora dieron
lo más útil de sus tropas
para guarnecer á Méjico.

La expulsión de los jesuitas,
preparada en el misterio,
y en toda la Nueva España
hecha en un mismo momento,

inquietó todos los ánimos,
encendió todos los pechos
y al Marqués le fué preciso
ser con todos muy discreto.

Al comentarse en el vulgo
tan alarmante suceso,
no faltó quien acusara
de hereje á Carlos Tercero,

ni quien sin temor dijera
que por Dios, pedazos hecho,
iba á derrumbarse el trono
en que tanto ofendió al cielo.

Mas nada pasó al monarca,
quedó en paz su vasto imperio
y al marqués de Croix ninguno
lo vió débil y con miedo.

Entretanto, de este modo se hablaba en el mentidero por los ricos y los pobres, los nobles y los plebeyos:

— Ya tiene muchos soldados el desalmado extranjero.

— Quien no respeta á la iglesia, no ha de respetar al pueblo.

— Dicen que su soberano le tiene cariño inmenso.

— Como que ha de acompañarle alguna vez al infierno.

— Eso es tan claro y seguro como el sol.

— Ya lo veremos si no llama á los jesuitas llegando á su último extremo.

— Pero señor, quién diría, y todos lo estamos viendo, que se mandara á un hereje á gobernarnos en Méjico.

— En San Luis y en Guanajuato están las cosas ardiendo.

— Hubo un motin en Uruápan.

— Y en Valladolid no menos.

San Luis de la Paz ya tiene sobre las armas...

— ¡Silencio! allí vienen dos esbirros que también irán al fuego.

— Dicen que el Marqués no gusta de hacer visitas al templo.

— Con razón; se le aparece en cada altar un espectro.

Ojalá lo trasladaran á otra parte...

— No está lejos el instante de ordenarle que á alguno le deje el puesto.

— Un gran escándalo ha habido en el palacio.

— Sabremos.

— Hoy, miércoles de ceniza temprano al palacio fueron

dos canónigos llevando á su excelencia el memento.

— Y bien...

— Los tuvo dos horas esperando...

— ¿Será cierto?

— Dos horas lo han esperado como si fueran dos legos.

— Algún asunto muy grave.

— ¡Qué asunto ni niño muerto!

— ¿No recibió la ceniza?

— De mal talante y mal gesto.

— Pero ya lo han castigado.

— ¿Lo han castigado?

— Y bien presto.

— Ya lo citó el Santo Oficio. Y hoy mismo allí lo veremos.

Con semejantes rumores de que el Virrey era un reo que la Inquisición llamaba como al más triste pechero,

acudió en masa la gente llenando en muy poco tiempo

la plaza y calles vecinas
del edificio siniestro.

No se dejó esperar mucho
el Virrey; todos oyeron
los toques que eran anuncio
de su salida, y contentos

se dijeron en vos baja :
— « ¡ Ya viene ! lo pondrán preso
ó tal vez arda en la hoguera
de sus pecados en premio ».

Llegó el Marqués escoltado
por dragones y artilleros,
que abocaron los cañones
en determinados puestos;

y entró el de Croix al edificio,
alegre, altivo, sereno,
y subió á la oscura sala
do juzgaban á los reos.

Halló en torno de una mesa
á los oidores severos,
con dos velas frente á un Cristo,
y todo entre paños negros.

— Señores, vengo á la cita
y no he de robaros tiempo,
pues bastarán diez minutos
para que todo arreglemos.

— Es que es largo...

— Nada importa ;
diez minutos... ya he dispuesto
que si al pasar ese plazo
á mi palacio no he vuelto,

los cañones que he traído,
sobre esta casa hagan fuego

hasta derribar los muros
y sepultarnos en ellos...

— Su Excelencia obró con juicio.
— ¿ Qué me queréis ?

— Gran acierto
tiene en todo Su Excelencia...
— Hablad...

— Os agradecemos
que hayáis venido, y sois libre
de retiraros...

— Yo tengo
que saber á qué me llaman.
— Pues... por el gusto de veros.

— Es decir, que ha terminado
la audiencia...

— Desde el momento,
señor, en que habéis venido
con abogados tan buenos.

Les volvió el Marqués la espalda,
ganó la calle ligero
y se regresó á palacio
tranquilo, sano y risueño.

Cuentan que al subir al coche
encontró á sus artilleros
con las mechas preparadas
para comenzar el fuego.

Tanta burla al Santo Oficio
llenó de placer al pueblo,
que vió al Marqués desde entonces
con cariño y con respeto.

Y que más tarde su nombre
repitió con leal afecto,
pues el de Croix fué tan hábil
como honrado y como enérgico.

LA CALLE DE LA ENCARNACIÓN

I

Está la noche serena;
 el viento apacible y grato
 calma al agitar sus alas
 los rigores del verano.
 La corte de Nueva España
 celebra un suceso fausto
 que alegra lo mismo al pueblo
 que á los próceres más altos.
 Tras inminentes peligros,
 la salud recobró al cabo
 la Virreina, dama hermosa,
 toda bondad y recato.
 Médicos y confesores
 creyeron tan grave el caso,
 que su incomprensible alivio
 les fué patente milagro.
 Diéronse al cielo las gracias
 con triduós y con trisagios
 á que asistieron los nobles
 en Catedral y el Sagrario.
 No bien acabó la iglesia
 dió principio lo profano,
 y fueron los regocijos
 tan generales y tantos,

que el Virrey y su consorte
 viéronse al fin obligados
 á pagar tantas finezas
 con un brillante *sarao*.
 Era de verse el conjunto
 soberbio, artístico y raro
 que en tal fiesta presentaban
 los salones de palacio.
 La corte del rey Felipe
 hubiéralos envidiado
 por la pompa y por el lujo
 de damas y cortesanos.
 Ricos hubo en Nueva España
 que gran renombre alcanzaron,
 sin que igualarles pudieran
 en Madrid los de más rango.
 Á los dueños de las minas
 de Fresnillo y Guanajuato
 y á los de las opulentas
 del Real del Monte y de Taxco,
 gustábales hacer gala
 de su fortuna en los casos
 más propios para lucirla,
 que en vanidad no eran parcos.
 En damas y en caballeros
 brillaban como los astros,
 esmeraldas y diamantes,
 amatistas y topacios.
 Costosas telas de seda
 en calzas, vestes y mantos;
 y perfumando el ambiente
 los abanicos de sándalo.

Entre todos los galanes
 era el mejor por su garbo,
 por su arrogante apostura
 y por su exquisito trato,

su excelencia chica, un joven
del Virrey, hijo mimado
á quien todos le decían
familiarmente « don Carlos ».

— Miradlo bien—murmuraba
con otros un currutaco :—
no deja de hablar con ella.

— Y le habla con entusiasmo.
— ¿ Y quién es ella?

— La niña
más hermosa que ha pisado
este salón.

— ¡ Es muy linda!
— ¡ Qué cutis tiene tan blanco!
— ¿ Y los ojos?

— Son dos soles.
— ¿ Y la boca?

— Ni el granado
tiene capullos más rojos
que tan hechiceros labios.

— Cuentan que no le disgusta
el mozo que le está hablando.

— Mienten, porque ama en secreto.
— ¿ Á quién?

— Eso me lo callo.
— ¡ A ti!

— ¡ Ojalá! tanta dicha
ni cuando sueño la alcanzo.

— Pero ¡ con cuánta insistencia
conversa con ella ufano
su excelencia chica!

— ¡ Un tonto!
— ¡ Un relamido!

-- Un...
— Más bajo,
que nos oyen.

— Nada importa;

tenemos los convidados
derecho á ser como siempre
justos, imparciales, francos.

— Don Carlos está en su casa.

— Es de todos el palacio.

— Pero el Virrey es su padre.

— Es que si medimos rangos
puedo ganarle en abuelos
y en nietos, si á cuentas vamos.

— Estás celoso.

— ¿ Celoso?

— Mira cuán vivo es don Carlos,
ya sale á bailar con ella,
y no la suelta del brazo.

— Ella está como muy triste.

— Es verdad... sus ojos bajos.

su silencio; ese semblante
como de mujer de mármol
revelan que sufre.

— Y sufre.

pues todo en ella es amargo.

— ¿ Y cuál es su nombre?

— ¡ Clara!

— Es muy breve.

— Y es muy diáfano.

— ¿ Y dónde vive?

— Muy cerca,

á tres calles de palacio,
en la Encarnación, esquina
á Santa...

— Basta, ya caigo.

Alguna vez yo la he visto
en su balcón, y he pasado
por la noche, y os lo juro,
la sorprendí conversando
con alguno.

— Con su novio.

— No tiene nada de extraño.
 Pero mira, acabó el baile.
 Don Carlos va paso á paso
 conduciéndola á su asiento.
 — ¿ Hay alguien más descarado?
 — ¿ Qué pasa?

— ¿ No ves la rosa
 que Carlos tiene en la mano?
 Se la arrebató...

— Bien dicho,
 porque ella no se la ha dado.
 — Es príncipe y se aprovecha.
 — Pero esto ya es un escándalo.
 — ¡ Qué tiempos, señor, qué tiempos!
 — Se van los músicos.

— Vámonos.

Y mientras se retiraban
 los más de los convidados
 por las anchas escaleras,
 bajó galante don Carlos
 á Clara, cuya familia
 agradecida á tal rasgo
 ensalzaba la finura,
 la amabilidad y el trato
 del hijo de quien entonces
 era en Méjico el más alto.
 Clara con frialdad notoria
 tendió á su galán la mano,
 y éste, al partir el carruaje,
 dijo lleno de entusiasmo:
 — « Mía serás, ó de nadie;
 juro ante Dios que me caso
 y si mi padre se opone
 tan ciego estoy, que me mato ».

Y cuando á pocos instantes
 estaba todo apagado,

sin que nada interrumpiera
 el silencio en el palacio,
 inquieto y como con fiebre
 salió de nuevo don Carlos
 y á la casa de su dama
 se dirigió cabizbajo.
 En las pulidas baldosas
 bien resonaban sus pasos;
 y al resplandor de la luna
 lanzaba argentados rayos
 saliéndose de la capa
 el estoque toledano.

II

No bien llegó de la fiesta,
 á su balcón salió Clara,
 y habló con un caballero
 con temor y en voz muy baja.
 — Mucho esperaste Gonzalo.
 — Mis horas sin ti son largas,
 mas si estuviste dichosa
 ni en cuenta habré de tomarlas...
 — ¡ Dichosa sin verte! ¡ nunca!
 — ¿ Me extrañaste?

— Con el alma,
 porque ni aliento ni vivo
 sin tu voz ni tus miradas...
 — Eres tú tan hechicera.
 — ¡ Adulador!

— Son tus gracias
 de tal modo irresistibles,
 que á donde quiera que vayas
 tendrás mil adoradores..
 — Ni los tengo, ni me agradan,
 tuya soy en pensamiento